*La filosofía del saber estar ahí. Para una política de lo simbólico**

Ina Praetorius

Publicamos un extracto del discurso sobre la daseinkompetenz (la competencia del estar-ahí) que pronunció Ina Praetorius el 4 de noviembre de 2000 a las profesoras de tecnología y de economía doméstica en lucha para salvar su puesto de trabajo, amenazado por una reforma del sistema educativo suizo. Ina Praetorius parte de una novela, La compañía de los siete justos, de Gottfried Keller, conocida en la Suiza alemana (en la que nos encontramos) como una historia patriótica, que ella lee de una manera suya original.

Trata de un círculo de hombres, llamado "la sociedad de los justos" o "de los amantes de la libertad". Hermine, hija única de uno de ellos, el rico y elocuente carpintero Frymann, está enamorada de Karl, hijo del también elocuente pero menos pudiente sastre Hediger, también él uno de los justos. Hermine y Karl se quieren casar pero sus padres —los amantes de la libertad— deciden impedírselo porque Frymann no quiere un yerno pobre y porque ninguno de los dos quiere estropear su amistad. En cambio, Frau Hediger, la madre de Karl, aprecia a Hermine y la aprobaría como nuera. Un sábado por la tarde, al volver a casa, Hediger se encuentra con que su mujer "y la graciosa persona prohibida" están juntas tomando café, y observa que su mujer ha preparado para la ocasión tortas de salvia y mermelada de cereza. Os podéis imaginar cómo termina la historia: Frau Hediger tendrá lo que quería y Hermine tendrá a Karl.

Algunas personas que se llaman políticos y que yo, en cambio, llamaría "tecnócratas de lo social" han decidido que Internet y el inglés son dos materias muchísimo más importantes que el arte de gestionar la casa. ¿Por qué motivo? Porque la economía necesitaría personas capaces de hablar inglés con fluidez y de usar, con la misma fluidez, el ordenador. Y ¿quién es esta "economía" que, al parecer, puede definir lo que tenemos que saber hacer? Nada del "concepto indica todas las medidas para cubrir las necesidades", como la define el diccionario: indica sólo una mínima parte de esta totalidad. En esta llamada "economía", que hoy pretende ser la única medida de la formación, se trata exclusivamente de ganar dinero o, mejor, de multiplicarlo. El dinero, o sea, el acceso a la economía monetaria, parece la única base o, al menos, la única base significativa de la existencia. Pero yo, como la señora Hediger, no sostengo en absoluto que el dinero no sea importante. También el ordenador es importante hoy. Pero me parece evidente que, hoy, los seres humanos, para poder vivir en un mundo sensato, tienen que saber algo más que las técnicas del beneficio, del inglés o de *Windows*.

¿Por qué tienen que tener menos sitio en los programas ministeriales las artes del vivir? Porque siguen estando consideradas —o lo están de nuevo— como asunto de mujeres y, por tanto, privado. La "paridad de derechos" vale mientras las mujeres sean eficientes, no molesten demasiado en el mercado de trabajo, y sigan portándose bien apartando de la vida pública y de las palabras su segundo trabajo, indispensable en casa y en las relaciones.

Pero, en el sentido de que todas las técnicas necesarias y las artes del estar ahí hay que aprenderlas, tras-

mitirlas, reconocerlas, discutirlas y valorarlas públicamente, esta "paridad" parece molestar a algunas personas. Le da miedo a quien está acostumbrado a hacer cálculos fríos, a quien sólo razona en el modo masculino tradicional. Dicen que cuesta demasiado. O, con más precisión: que no cabe en un cálculo que sólo tiene en consideración el trabajo pagado y no el trabajo "privado", admitido que se le considere trabajo. En consecuencia, la solución más limpia es la de expulsar de la escuela pública (donde ha acabado por error) el arte de la casa. El resultado lógico: más inglés, más cálculo, más negocios y ordenador. Fuera las materias que nos recuerdan que los seres humanos son algo distinto de los programas informáticos. Ese algo distinto, las mujeres lo gestionarán de todos modos, como sea, visto que siempre lo han sabido hacer, visto que el sexo débil ha sido siempre lo suficientemente fuerte como para hacer dos o tres trabajos, mientras que el sexo fuerte hacía como máximo, de pasada, alguna guerra, si el limitarse a ganar dinero resultaba demasiado aburrido.

Sí, lo sé: a veces exagero un poco con las palabras, pero la experiencia me enseña que las expresiones fuertes pueden ayudar a ordenar las ideas.

Ante estas tendencias del sistema educativo que quiere sacrificar las materias de la *competencia del estar ahí* (las llamo así provisionalmente) en favor de una lógica del negocio a corto plazo, no parece eficaz ninguna de las dos estrategias de la señora Hediger: ni la crítica directa ni la espera paciente. La ecuación entre negocios y vida nos descompone con la fuerza de un turboreactor. Mientras en la novela, al final todo se resuelve del modo mejor, las señoras Hediger reales de hoy parecen no tener más que dos posibilidades de acción, las dos poco atractivas: o malograrse en la resistencia dura y a veces amarga contra una maquinaria superpotente, o retirarse a cuidar los escasos huertecillos que quedan, dejando el mundo a su destino y siguiendo, naturalmente, trabajando duro para que sus maridos e hijos no pierdan la fuerza vital.

Es cierto que hay mucha diferencia entre realidad y ficción, especialmente entre turbocapitalismo y romanticismo. Creo, sin embargo, que podemos ganar mucho si no nos quedamos viendo pasivamente cómo se escinden las dos cosas. Primero, porque un hombre como Gottfried Keller no estaba fuera del mundo. Segundo, porque también en la realidad, si no se confunde el actuar con el hacer, hay siempre más que dos opciones contrapuestas. Una está en el título de mi intervención, que no se titula simplemente saber estar ahí sino la *filosofía del saber estar ahí*. ¿Qué quiero decir? Ahora lo explicaré.

El mudo estar ahí y el valor de la palabra

En el mundo hay mucha competencia del estar ahí, afortunadamente. Si no la hubiese, estaríamos peor que ahora. Muchos hombres y mujeres poseen esas capacidades, a pesar de que, en verdad, bajo el patriarcado los hombres han tenido menos oportunidades de desarrollar una *daseinkompetenz* en el sentido de Frau Hediger. Estaban demasiado ocupados en tener controlado "el todo", en organizar, en dibujar fronteras y en afirmar su identidad de seres racionales superiores. Y demasiado alejados de esas realidades que no es posible afrontar ni transformar con las estrategias rectilíneas del hacer, sino, con frecuencia, sólo por vericuetos, mediante esperas hábiles y relances en el momento adecuado.

Y sin embargo, en el mundo hay mucha *daseinkompetenz*. Lo que falta (o escasea) es una filosofía de este modo especial de obrar, que tome en serio el hecho de que el patriarcado ha delegado sistemáticamente el arte o las artes de la vida cotidiana en las mujeres, para aliviar a los hombres. Y como el patriarcado no sólo ha confiado a las mujeres estas llamadas "cualidades femeninas" sino, al mismo tiempo, les ha prohibido también que piensen y hablen públicamente,





hoy, al final del patriarcado, hay o falta de palabra o una notable confusión lingüística en este ámbito de la feminidad simbólica. Mientras que para el actuar masculino en lo público ha sido elaborada una cantidad enorme de teorías, el saber estar ahí parece estar ahí y basta. Cuando es puesto en palabras, se usan conceptos mudables, sin contexto: arte del vivir, holística, sabiduría, serenidad, inteligencia emocional, mística, ecología... Y tantos, sobre todo tantas mujeres, piensan que no hace falta más, que no hace falta otra cosa: según ellas, la esencia de este arte consiste precisamente en el hecho de que no se deje captar con categorías predeterminadas.

¿Mejor, entonces, no pensar demasiado, mejor limitarse a estar ahí, ayudar a los demás, ser útiles, sin muchas palabras?

Aunque, en cierta medida, comprendo esta actitud, yo no pienso así. Hablar es parte del ser humano, del ser mujer y hombre. No me refiero al charlar de todos lo días; pienso que es importante nombrar y comunicar lo que hacemos y lo que significa nuestro hacer, y hacerlo con cierto cuidado. La teoría es precisamente esto. "Teoría" procede del verbo griego *theorein* que significa "mirar". Hacer teoría quiere decir, pues, originariamente, mirar bien la realidad, el mundo en el que me muevo, y también a mí misma en mi vida y en mi obrar, y encontrar palabras adecuadas. No necesariamente categorías fijas, que se quedan siempre igual, pero, en cualquier caso, palabras de un cierto peso. ¿Con qué finalidad? La filósofa italiana Luisa Muraro dice: "Para que el ser no acabe en la nada". Para que nuestro hacer, nuestro estar activas para la vida, nuestro cocinar, escuchar, pelear y planchar, nuestra paciencia con los niños, no se convierta en la condena de Sísifo. Que no se convierta en una tarea sin fin, devorada siempre por las grandes palabras de los "justos", que piensan que tienen el mundo bajo control y siguen dando pasos más largos que sus piernas. Todas vosotras conocéis a los siete o más de siete justos de hoy: tantos hombres y pocas mujeres que echan discursos sobre las "necesidades reales", sobre las cuestiones importantes, sobre la andadura de la bolsa o las tasas de crecimiento, las perspectivas para el futuro, sobre las ventajas económicas y los vacíos legislativos. Y debajo de todas estas palabras, el Sísifo femenino sigue atareado, sin hacer nada "verdaderamente importante".

Sí, es verdad, también a mí me pasa que quiero callar y limitarme a hacer lo necesario en mi casa, en mi nicho personal. Pero luego siento el deber y también las ganas de darle a la realidad un lenguaje mejor: un lenguaje que cambie la realidad instaurando las palabras justas.

La filosofía de la competencia del estar ahí

Hacer filosofía de la *competencia del estar ahí* significa, pues, no dejarse impresionar por las palabras hinchadas y ponerse a buscar palabras buenas, de manera que el ser no acabe en la nada. Palabras para decir eso a lo que he intentado acercarme citando el ejemplo literario de la señora Hediger. Para alumbrar esto que no tiene nombre, he decidido utilizar provisionalmente ese concepto, también porque procede del campo de la economía doméstica. Efectivamente, lo han traído al mundo un estudioso y una estudiosa, Rosemarie von Schweitzer y Clemens Geissler, en el ámbito de su trabajo para el quinto informe sobre la familia del gobierno alemán.

Al principio, este concepto se usaba sobre todo en plural: las competencias del estar ahí como correctivo de las competencias disciplinares ahora tan solicitadas, o sea las capacidades que sirven para dar sentido a la vida cotidiana. Una *daseinkompetenz* es, pues, a primera vista, un contraconcepto con respecto a la acostumbrada competencia profesional. Se refiere al hecho archisabido de que la existencia humana no se expresa en toda su plenitud cuando es dividida en materias o disciplinas separadas, que son siempre parciales. "Estar ahí"

significa, en cambio, el conjunto de nuestra existencia, desde el nacimiento hasta la muerte, con todo lo que de él forma parte: infancia, juventud, edad adulta, enfermedad, decrepitud, crecimiento, libertad y necesidad, fuerza, debilidad, relaciones con otros y otras muchas cosas. Rosemarie von Schweitzer lo expresa así: "En las competencias del estar ahí prevalecen no los contenidos disciplinares sino el sentido de las cosas y de las finalidades con sus respectivas exigencias, consecuencias y efectos en la cultura y en la sociedad".

Si yo, en el lugar de la "materia" pongo el *estar ahí*, manteniendo sin embargo el concepto de "competencia", se ve que *competencia del estar ahí* quiere ser más que un contraconcepto o un concepto complementario. En este concepto —ahora en singular— está la pretensión de integrar las disciplinas, las partes, en otra dimensión, aunque manteniendo la idea de la "competencia".

Es decir, la idea de que esto es algo que hay que aprender, que hay que practicar, que no se da por supuesto. "Competencia" procede de la palabra latina "competere", que significa "ir, dirigirse a, encontrar".

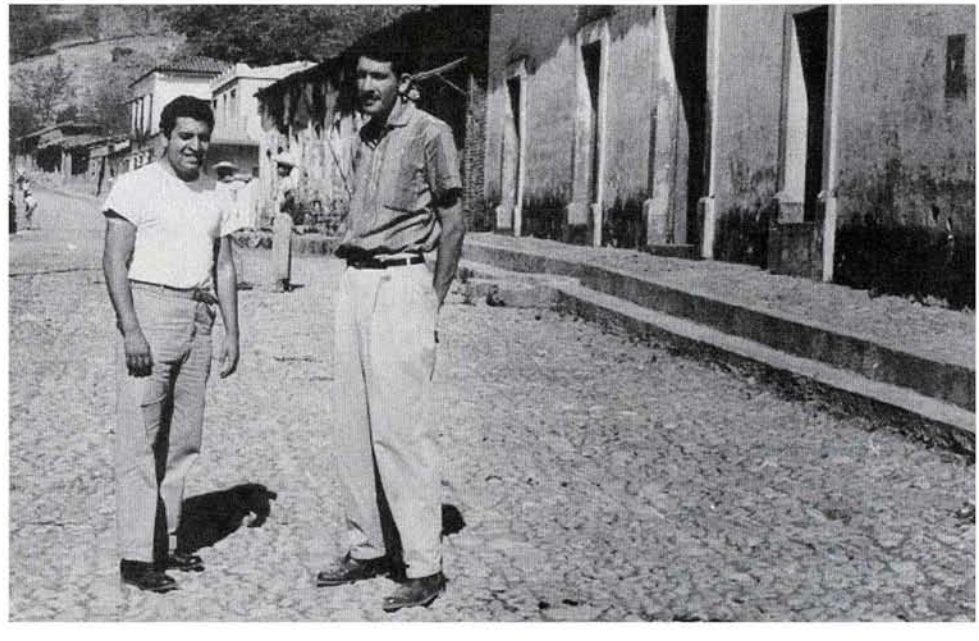
Ser competentes significa, pues, saber actuar, intervenir adecuadamente, de manera que el hacer y la cosa "se encuentren". Cuando se habla de "competencia disciplinar", es evidente que no nace por sí sola, que hay que aprenderla. Tengo que hacer un aprendizaje, seguir un curso para adquirir la competencia de mecánico, cocinera o programador. Cuando se habla, en cambio, del "estar ahí", la cosa se suele ver de manera distinta.

Muchos aluden a la educación dada por los padres, a veces a una imprecisa "escuela de la vida" cuando se les pregunta dónde aprendemos a darle a nuestra vida una forma sensata, por ejemplo colocando nuestros saberes disciplinares en un conjunto. En consecuencia, a menudo se le echa la culpa a la "familia", si las personas no aprenden a estar ahí, lo cual ocurre con bastante frecuencia. El concepto *competencia del estar ahí* puede iluminar este reino poco definido de la educación, porque significa que ninguna capacidad nace por sí sola, casi de la naturaleza. Todas las competencias son adquiridas, transmitidas por otras personas, normalmente mayores que nosotros y que nosotras.

Nombrar las cosas: el trabajo en lo simbólico

En la economía doméstica y también en el movimiento de las mujeres, se tiende a asumir el pensamiento de la esfera masculina considerada más alta, y a importarlo a la femenina. Por ejemplo, cuando decimos que las amas de casa son, en realidad, *managers*, probablemente mejores que los hombres, y en consecuencia deberían ser formadas y retribuidas adecuadamente. Este método de asimilación de la mitad que se considera más baja a la que se considera más alta, es comprensible, porque, por una parte, hay ciertamente que "valorizar" las actividades tradicionalmente femeninas, y, por otra, no hay absolutamente ningún motivo para despreciar las artes de la casa con respecto a las de la esfera pública. Sin embargo, el método de asimilarse a lo que se considera mejor, tiene el defecto de que la medida impuesta por la esfera "más alta" deja de funcionar cuando caemos en la cuenta de que las dos mitades están en dependencia mutua. El hombre competente en su materia y definido como patrón de medida es, en realidad, sólo una parte del todo: puede ser lo que es solamente en tanto que dependiente de la mitad silenciada (hay quien la llama "la dulce mitad"; en alemán, "la mejor mitad"). No es, pues, válido como medida. Si decidimos dejar caer la idea de las dos mitades dispares, porque es inadecuada, tenemos que cambiar también los criterios para medir la competencia. Por tanto: el ama de casa no es "tan buena como el *manager*", hace falta un lenguaje nuevo y una nueva medida para el obrar de ambos en el mundo.

Ahora la cosa se vuelve verdaderamente difícil, porque nos estamos moviendo en un terreno nuevo: ¿de



donde sacar la medida de la competencia del estar ahí, cuando se derrumba todo el sistema en que se han basado durante siglos nuestro pensamiento y nuestra opinión?

En los siglos patriarcales ahora ya pasados, la mitad llamada "masculina" del mundo ha producido las grandes palabras. Estas grandes palabras públicas han determinado hasta hoy nuestra percepción. Según esta visión del mundo, actuar significa, en primera línea, un hacer sistemático, racional, hacia determinados objetivos.

En realidad, los seres humanos funcionan de este modo sólo cuando producen efectivamente objetos, pero ésta es sólo una mínima parte del obrar humano. Todos los seres humanos dependen de los demás, son vulnerables y están necesitados, sean mujeres, hombres, niñas o niños, ancianos, estén sanos o enfermos. Es sólo gracias a la acción por lo general invisible y no nombrada de la llamada mitad femenina para solucionar las "debilidades" de la humanidad, que pudo nacer la ilusión de que el ser humano podría ser independiente y tomar en sus manos su vida como si fuera un objeto. Esta idea del individuo autónomo, por más irreal que sea, se ha establecido en el patriarcado como ideal de vida a seguir primero por los hombres y, ahora, también por las mujeres. Pero es insensato seguir un patrón de medida que se ha alejado de la realidad.

En el concepto de *competencia del estar ahí* encuentro exactamente esto: que los seres humanos, para actuar, necesitan una medida realista. Los seres humanos viven en relación, reaccionan ante los demás y ante las circunstancias de su vida, tienen sensaciones y sentimientos, llegan por caminos imprevistos, tienen necesidad de amor, tienen necesidades irrenunciables y deseo de sentido.

Puntos de referencia

Por fortuna, también para esta operación de puesta en palabras de la existencia y del obrar humano existen tradiciones de pensamiento a las que podemos acudir. De ellas cito sólo tres, que tienen un papel importante en la teoría feminista de hoy.

La pensadora política Hannah Arendt ha llamado "natalidad" a la relacionalidad fundamental de la existencia humana. Natalidad se refiere al hecho de que todos los seres humanos nacen de una madre, y de que durante mucho tiempo dependen de las mediaciones ajenas para entrar en el mundo: en sentido estricto, no llegan nunca a ser del todo independientes. Si ponemos este dato fundamental en el centro de la atención, percibiremos de manera distinta también el obrar humano: ya no se presenta como un decidir y producir autónomo, sino más bien como un entrelazar y tejer. Cuando actúo, trenzo mi hilo en un gran tejido, que no he hecho yo sino que existía antes que yo. Mi hilo tiene un color y una estructura inconfundibles, es decir, mi hacer es libre y único y nuevo, pero no es independiente, porque sin el tejido de las otras y de los otros quedaría suspendido en el aire.

Algunas pensadoras femeninas de hoy hacen referencia a la mística femenina medieval: mujeres como Hildegarda de Bingen, Teresa de Jesús y otras muchas, y también algunas místicas modernas como Simone Weil, ven su actuar en el mundo no como un decidir autónomamente. Se describen como dependientes de su cuerpo, de otros seres humanos, de las reglas de la orden religiosa, de la historia, pero, sobre todo, de Dios como *sentido indisponible*. Siendo libres en la dependencia, para ellas el concepto de "pasividad", un concepto del todo devaluado en la época moderna, asume un sentido positivo. Pasividad significa hacerse dar por necesidades externas, por Dios, el impulso para actuar. Esta concepción positiva de la pasividad, de origen místico, me parece un punto de referencia muy importante para poder contrastar hoy, al final del patriarcado, la idea perdedora de un actuar racional, que mira al objetivo, con una concepción nueva del saber estar en el mundo.

Un tercer punto de referencia para la filosofía de la *competencia del estar ahí* es el actual movimiento de los laberintos. Según este movimiento, los laberintos son lugares públicos de mujeres, cuyas fundadoras en algunas ciudades se pueden ya enorgullecer de una experiencia plurianual de formas experimentales de encuentros político-culturales. En la imagen del laberinto, planteado como espacio pisable, se expresa simbólicamente el hecho de que se llega al centro, al sentido, por vericuetos, y que "el conjunto" se presenta distinto desde los diversos puntos, pero en relación entre sí, sin que un punto de vista sea superior a otro. El laberinto, cuyo significado pareció durante mucho tiempo limitado a un proceso individual de introspección, asume en el reciente movimiento de los laberintos una dimensión pública y política que, a mi parecer, vale la pena seguir pensando y desarrollando, porque está abriendo perspectivas nuevas.[1]

Desarrollar la filosofía de la *Daseinkompetenz* significa, en mi opinión, pensarlo todo *ex novo* partiendo de tradiciones de este tipo. Es un camino largo, y es incómodo sobre todo para quien quiere ver resultados inmediatos. Quizá al principio estará todo patas arriba, quizá tengamos que afrontar cosas que nos resultan demasiado grandes. Pero tal vez podamos, como la señora Hediger, reír y esperar y hacer cosas prohibidas divirtiéndonos. Y puede también ocurrir

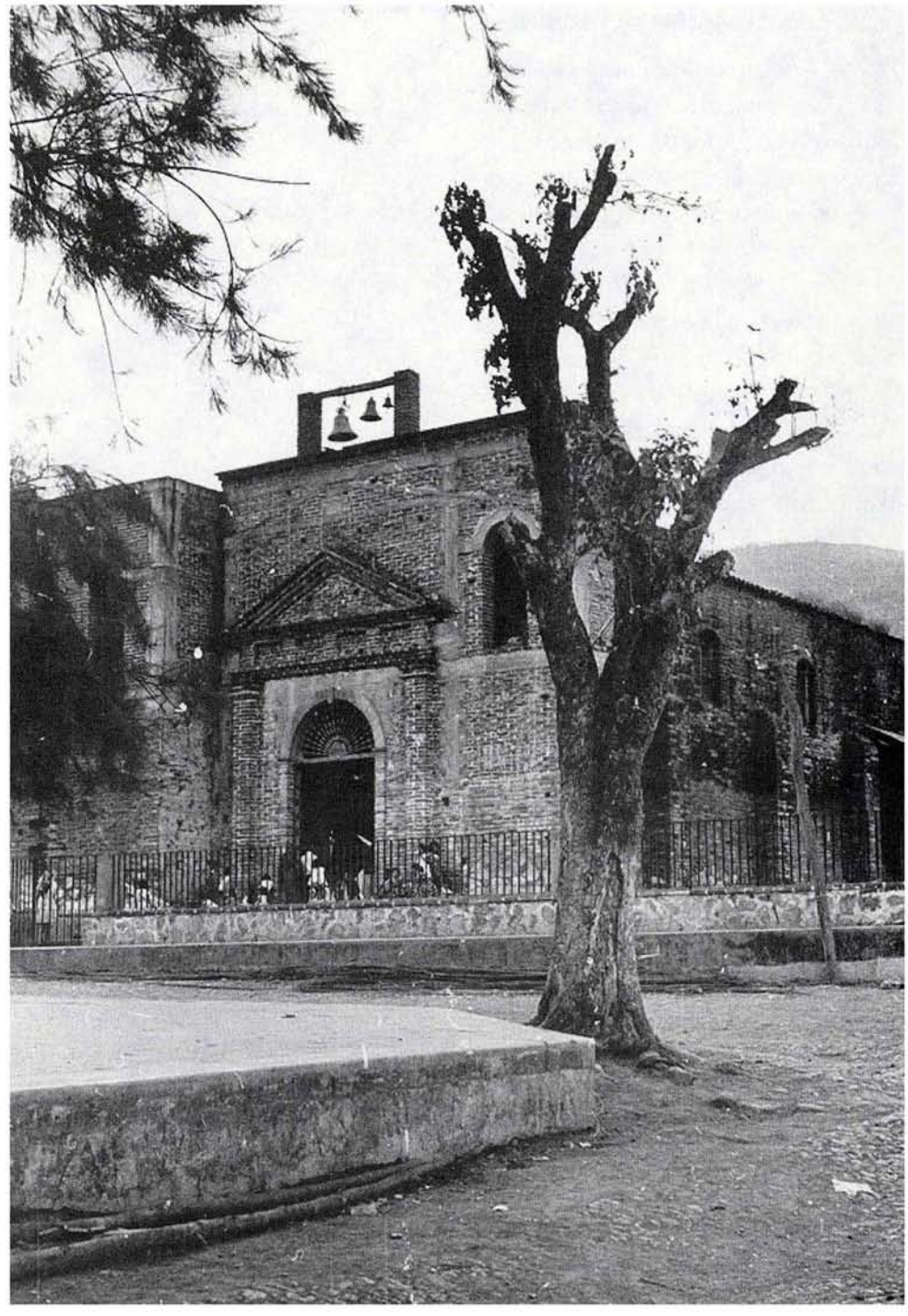
♦♦♦

que ya no sepamos nombrar las cosas ni a nosotras mismas ni lo que estamos haciendo.

El problema concreto que habéis traído aquí es la reducción de vuestras materias de enseñanza en nombre de una escuela más favorable a la economía. Yo os propongo que aprovechéis esta crisis para re-pensarlo todo. Pues no se trata solamente de valorar o de salvaguardar determinadas materias. Se trata de una mirada nueva a todo, de una medida distinta y de otro orden de valoración. De otra visión del ser humano, si queréis. Y, partiendo de esta visión de la natalidad, de la relación, de la libertad en la dependencia, se estructuraría la escuela con sus programas ministeriales y objetivos didácticos. Y esto no significa simplemente salvaguardar en el programa la Tecnología y la Economía doméstica tal y como están. Significa que todas las materias —de las matemáticas a los "ejercicios gimnásticos"— tomen como punto de referencia la competencia del estar ahí, en favor de un futuro vivible para todos.

Quienes enseñáis tecnología y economía doméstica no necesitáis cursos de reciclaje a mansalva, no necesitáis terapias ni consultorías para "estar a la altura de los tiempos". Lo que necesitáis es más bien un lenguaje claro que toque las raíces de nuestra existencia, y la valentía de utilizar este lenguaje públicamente y en voz alta, de manera que todos entiendan que lo que está en juego es más que una defensa de los propios intereses: está en juego el conjunto de esta cultura.

La diferencia entre vosotras y la señora Hediger está en el hecho de que vosotras no vivís a caballo entre los siglos XIX y XX, sino entre el XX y el XXI. Vosotras tenéis el derecho de organizaros, de hablar en público, de aprovecharos de los medios de comunicación, de poner en juego vuestro pensamiento. Utilizad este derecho para favorecer una vida buena para todos y todas. ♦



* Publicado en *Via Dogana 60* (marzo 2002) 3-7. Traducción del italiano de María-Milagros Rivera Garretas (a su vez, de Traudel Sattler) contrastada con el alemán.

[1] El Movimiento de los Laberintos nació en Zurich de la relación de affidamento entre mujeres que empezaron a estudiar el de Creta como una forma de expresión libre del ser mujer. El 1 de junio de 2000 hicieron en Frankfurt 'am Main' una gran fiesta de inauguración del "Laberinto de la memoria de las mujeres", que consistió en una gran obra de arte en forma de laberinto, en que cada mujer se presentó como una figura femenina del pasado, de la que se declaró "heredera". En ocasión de esta fiesta se publicó el libro *Dagmar von Garnier,* ed., Gedenk-Labyrinth. R=Fcsselsheim, Christel Göttert Verlag, 2000.